

Entre Ayacucho y el Maine

El foco tardío de la independencia hispanoamericana

María Elena González Deluca*

RESUMEN

A finales del siglo XIX, Cuba fue la manzana de la discordia, por la que en Estados Unidos, en Cuba y en España, se enfrentaron intereses diversos y contradictorios unidos en el común afán de controlar el futuro político de la isla. El debate y las acciones en torno a Cuba se concentraron en tres proposiciones fundamentales: mantener su condición de colonia de España, declarar la independencia y cambiar de dueño. Comenzaron las primeras movilizaciones organizadas de los criollos que ya no pretendían sólo participación, sino control del poder político. Más tarde se inició la llamada "guerra chiquita", que provocó cambios políticos, sociales y económicos que crearon condiciones decisivas para la ruptura definitiva con España. En febrero de 1895 estalló la guerra final. En enero de 1898 entró en vigencia la ley de gobierno autónomo de Cuba, que fue rechazada por los cubanos y por los peninsulares de la isla. La intervención norteamericana, después de la voladura del Maine en el puerto de La Habana, fue decisiva para llegar en pocos meses a la rendición de las fuerzas españolas. Cuba, finalmente, quedó separada de España. La enmienda constitucional, aprobada en 1901, definió su papel de tutor de la independencia cubana, que desempeñaría mediante el control de sus finanzas, de la sanidad y del orden interno, con derecho a intervenir militarmente cuando la situación lo exigiera.

PALABRAS CLAVE

Estados Unidos, Guerra hispano, cubana, norteamericana, 1898, Independencia de Cuba.

* Universidad Central de Venezuela.

I. "DEMASIADO TARDE..."

En abril de 1898, Máximo Gómez, el líder dominicano de la independencia cubana, rechazó el ofrecimiento del capitán general Ramón Blanco de olvidar las diferencias y formar una alianza contra la invasión norteamericana, al tiempo que observaba ... "es demasiado tarde para entendimientos entre su ejército y el mío"¹. Ciertamente. Pero ignoraba entonces, o prefirió ignorar, que también era tarde para alcanzar una independencia en los términos de control soberano de los asuntos nacionales, que parecía la única forma de entenderla. La independencia que Cuba reclamaba era el último episodio de la desintegración del imperio español que había comenzado casi con el siglo.

En ese período, Cuba fue la manzana de la discordia, por la que en Estados Unidos, en Cuba y en España, se enfrentaron intereses diversos y contradictorios unidos en el común afán de controlar el futuro político de la isla. No estuvieron ausentes en esto, las nuevas naciones hispanoamericanas, Venezuela y México principalmente, con sus proyectos de completar la expulsión de las fuerzas españolas del territorio americano, después de la batalla de Ayacucho. El debate y las acciones en torno a Cuba se concentraron en tres proposiciones fundamentales: mantener su condición de colonia de España, declarar la independencia y cambiar de dueño. Fue por esto un proceso singularmente complejo en el que la victoria no acompañó a los antiguos dueños del azúcar, que fueron simples testigos de una paz que no condujo a la independencia.

II. ENTRE LA LIBERTAD Y EL MIEDO

La sociedad cubana, tal como se la conocía hacia los años de 1820, comenzó a configurarse en el siglo XVIII en medio de las inquietudes políticas y de la violencia social despertadas por el principio de la libertad. Una libertad cuyo imprevisto recorrido, fuera de sus confines originales, despertaba temor en unos y esperanza en otros.

La apertura económica que dio inicio al primer ciclo de expansión de la plantación azucarera cubana comenzó con la ocupación inglesa de 1762 que, si breve y fracasada en sus objetivos políticos, fue positiva en sus efectos económicos. Treinta años después los grandes propietarios, que formaban todavía la mayoría blanca en Cuba, conocieron, tal vez con más asombro que temor, las historias de una pavorosa rebelión de esclavos que destruyó la cultura de la plantación y acabó con el dominio de los blancos en la vecina porción francesa de la isla de Santo Domingo, después Haití.

1 Citado por Hugh Thomas, *Cuba*. N. York, Harper & Row Publishers, 1971, p.379.

El proceso de la independencia de los territorios conquistados por España tres siglos atrás, se iniciaba así con este primer foco, temprano, cuya consecuencia inmediata más resaltante fue la ruina de las plantaciones y la emigración de grandes propietarios y capitales. En 1791 los ideales de la Revolución Francesa provocaron la chispa que inició la rebelión en Haití, cuando los blancos reclamaron la libertad para gobernar la isla, sin pensar que sus esclavos los destruirían en nombre de ese mismo principio. Quince años antes los angloamericanos habían proclamado con parecida arrogancia la igualdad de los hombres y su derecho inalienable a la libertad, que igualmente excluía a los esclavos de sus beneficios.

Desde los acontecimientos de Haití, Cuba se convirtió en el refugio de muchos propietarios con experiencia en la economía de la plantación. A éstos se agregaron los franceses que no quisieron vivir bajo la bandera de Estados Unidos cuando la Luisiana fue adquirida a Napoleón en 1803, y los que huyeron de las perturbaciones de la independencia hispanoamericana. Cuba pasó a ser en pocas décadas la principal exportadora de azúcar del Caribe, y la que surtía la mayor parte del consumo mundial del escaso y costoso producto. También el cultivo del café creó una zona de explotación que le dio una posición destacada entre los primeros exportadores mundiales. Las consecuencias de estos cambios sobre la sociedad cubana fueron de gran significación.

En 1807, otro acontecimiento provocado por los franceses, esta vez no una gran revolución, sino la invasión de la península ibérica y la usurpación del trono español por las fuerzas napoleónicas, encendió la chispa de nuevos focos de rebelión, ahora contra España. El movimiento de las juntas proclamó entonces el rechazo a los invasores franceses y reclamó la representación de la soberanía en vista del *interregno*. Este movimiento, que derivó en la independencia, no sin la resistencia de americanos y de españoles, fue la primera movilización organizada de los criollos que ya no pretendían sólo participación, sino control del poder político.

Así, en México, no tardó en aparecer la idea de la independencia en 1808 en el programa de fray Melchor de Talamantes, que pudo argumentar en su favor antes de que el movimiento de los criollos Primo de Verdad y Francisco Azcárate fuera reprimido. Dos años después, en Dolores, una revolución de fuerte contenido social dió un giro violento a la cuestión al enfrentar a los que no tenían con los que tenían. Pero la revolución se interrumpió cuando los criollos, sin excluir a muchos partidarios del cambio, hicieron causa común con los funcionarios virreinales y con grupos conservadores para detener el levantamiento de las clases peligrosas². Descabezada la rebelión

2 La expresión es empleada por Torcuato di Tella en *Política nacional y popular en México, 1820-1847*. México, F.C.E., 1994, pp. 17-21.

con la muerte de sus dos líderes, el padre Miguel Hidalgo y Costilla y su continuador el padre José Morelos, la estructura virreinal se mantuvo hasta 1821, cuando un pacto conservador concilió a diferentes fuerzas en favor de la declaración de independencia.

Al sur del continente fueron rápidamente dominados los movimientos juntistas del Alto Perú y de Quito, y se prendieron, en Venezuela y el Río de la Plata, los focos originarios del proceso que finalmente culminó en la derrota de la resistencia realista en Perú, en diciembre de 1824. Pero durante esta larga guerra, cuyo acto final convencionalmente se reconoce en la batalla de Ayacucho, ni en Cuba ni en Puerto Rico surgieron amenazas de independencia que pusieran en peligro la dominación española en el Caribe.

Sin embargo, las ideas de independencia no estuvieron ausentes. Movimientos tempranos como el del masón Román de la Luz en 1809, o posteriores como el de los "Soles y Rayos de Bolívar", que promovió en 1823 el habanero José Francisco de Lemus, ex combatiente del ejército colombiano, prueban su existencia. Pero esos movimientos, fracasaron y sus seguidores fueron severamente reprimidos. Los beneficios de la independencia no estaban bien definidos a los ojos de la élite social de esos territorios. Más aún, en 1810 los grandes propietarios de La Habana consideraron sus intereses suficientemente amenazados por el liberalismo de las Cortes de Cádiz, como para proponer la anexión a Estados Unidos.

Esos intereses en gran parte estaban representados por el valor de los esclavos, calculado entre una cuarta y una tercera parte del capital total de las plantaciones. Pero, además, estaba el miedo. La población cubana estaba aumentando. De poco más de 170.000 habitantes en 1774, pasó a más de 700.000 en 1827, y superó el millón en 1841. Pero lo más importante es que si en el primero de esos años los esclavos no alcanzaban al 23 por ciento de la población total, eran más del 40 por ciento en 1827, y más del 43 por ciento en 1841. En este último año, además, ya había más negros que blancos³, lo que, por el efecto Haití, causaba tensiones.

Cualquier insinuación de otorgar la libertad a los esclavos, despertaba en los grandes propietarios el miedo a una repetición de la experiencia haitiana y a la merma de sus intereses como propietarios. En reveladora demostración de debilidad política la sacarcracia buscaba protección, bien fuera reafirmando su lealtad a la monarquía española contra los planes de los libertadores del sur o, gestionando amparo ante Estados Unidos contra la posibilidad de que las presiones abolicionistas comenzaran a tener éxito en España. Las enormes pérdidas económicas que ocasionaría la abolición, y el riesgo de una rebelión

3 Franklin W. Knight, *Slave Society in Cuba*, The University of Wisconsin Press, 1986, p.22.

violenta de los esclavos, instaló el miedo a los proyectos de libertad en ese importante sector de la sociedad cubana ⁴.

La élite cubana no estaba segura de los beneficios de la independencia, de allí que Cuba y Puerto Rico continuaran siendo el natural refugio de los exiliados criollos y españoles, y la base de las fuerzas militares realistas. De modo que no era remota la posibilidad de una operación de reconquista de las colonias de tierra firme, desde las posesiones españolas del Caribe, tanto que justificaba los planes de militares y sectores liberales de México y Venezuela para llevar la independencia a las islas. Frente a las costas venezolanas se denunciaban embarcaciones armadas procedentes de Puerto Rico y los rumores que circulaban en Caracas a fines de diciembre de 1825, sobre refuerzos militares llegados a la isla, parecían dar más fundamento a esos planes ⁵.

Desde luego, así como los países independientes de costa caribeña tenían razones para sentirse inseguros, también las autoridades coloniales podían temer una invasión que repitiera la experiencia del Perú. Y este temor tenía base en las preparaciones para independizar a Cuba y Puerto Rico. En México, los exiliados cubanos formaron, después de Ayacucho, una Junta por la Liberación de Cuba que buscó el apoyo de Bolívar, aunque sin lograrlo. En una gestión que tuvo iguales resultados, un grupo de cubanos y mexicanos enviaron al Congreso de México una larga petición de auxilio al movimiento de liberación de Cuba, que argumentaba el común interés en la independencia: ...

los intereses de la República [mexicana] están comprometidos con los de la isla de Cuba y mientras no sea ésta independiente, la suerte de México no podrá considerarse absolutamente asegurada. Recordad señores, cuál fue el primer punto de apoyo de los conquistadores...⁶

Para los vencedores de Ayacucho la independencia de Cuba parecía el próximo paso natural para terminar la dominación española en América. Las posturas triunfalistas exigían la aprobación de planes para una invasión, que probaría una vez más la superioridad de sus fuerzas. Mas aumentaba la confianza, cuando ahora se enfrentarían a un poder decadente, a una España fuertemente resentida por la oleada conservadora de la segunda restauración de Fernando VII, a quien la Santa Alianza, debilitada por la falta de apoyo

-
- 4 Sobre el temor de los grandes propietarios ver las obras de Knight y Thomas, ya citadas, y la *Autobiografía de José Antonio Páez*. Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1987.
5 Así lo registra el cónsul inglés en esa ciudad Sir Robert Kerr Porter, *Caracas Diary*. Caracas, 1963, p.43.
6 *Autobiografía del General José Antonio Páez*. p.355.

de Inglaterra y Rusia, negaba apoyo en sus aspiraciones de recuperar las colonias hispanoamericanas.

En Venezuela, entonces parte de la República de Colombia, algunos líderes dieron apoyo incondicional al proyecto de invadir Cuba y Puerto Rico, entre ellos el general José Antonio Páez, que iniciaba su carrera política. Pero el Libertador Simón Bolívar, tenía otras ideas. En 1825, pensaba que políticamente era más conveniente "...no libertar a la Habana...", porque la amenaza de perder sus colonias caribeñas podía ser un elemento de peso para negociar la paz con España ⁷. Al mismo tiempo, sin embargo, Bolívar consideraba las proposiciones de expedicionar contra Cuba: México, se le hacía saber, estaba dispuesta a contribuir con seis mil hombres y buques ⁸. También recibía con regularidad noticias sobre preparativos de tropas españolas para recuperar los territorios de Costa Firme.

En la correspondencia de junio de 1826, Bolívar comentaba los pormenores de una conspiración descubierta en Panamá, por la confesión de un espía enviado de La Habana, un coronel de nombre Juan Bermúdez. La misión de éste era examinar el país y levantar un plano para una incursión que organizaban las autoridades de la isla contra el Istmo, mal defendido y "...lleno de godos...". En realidad, la operación tenía fines de distracción, para provocar el desplazamiento del general Bolívar hacia Panamá, mientras una expedición de ocho mil hombres marchaba sobre Venezuela, donde el partido de los españoles continuaba activo. Bermúdez había informado que contaban con catorce mil hombres y esperaban refuerzos, descontando un importante apoyo local en Venezuela.

Bolívar escribía "...yo no dudo que los españoles están resueltos a continuar la guerra contra nosotros", por lo que recomendaba reforzar la defensa de las costas amenazadas y vigilar a los posibles sospechosos. Los cómplices, entre otros un comerciante de Panamá y su hermano, cubanos de apellido Feraud, y un comerciante de Baltimore, James K. Chapell, que había desembarcado un cargamento de armas, actuaban libremente. Razón de más para "...tener la mayor vigilancia sobre estos americanos que frecuentan las costas: [y que] son capaces de vender a Colombia por un real..." ⁹ Pero, además de estas previsiones, Bolívar proponía una campaña de rumores, que revela el sentido de los planes con respecto a Cuba:

7 Simón Bolívar, "Carta a Santander, Arequipa 20/5/1825". *Obras Completas*. Caracas, Librería Piñango, s/f, tomo II, p.137.

8 *Ibid.* "Carta al general F. de P. Santander, 10/7/1825", tomo II, p. 171

9 *Ibid.* "Carta al general F. de P. Santander, Magdalena, 13/6/1826.", tomo II, pp. 409-411. En las notas de esta carta se observa que Bermúdez resultó "un embustero", sin más explicación.

Me parece que fuera muy conveniente y útil a nuestra tranquilidad que Uds. hicieran correr la voz de que yo voy al istmo con 12.000 hombres a hacer una expedición contra La Habana. No es difícil conocer el objeto de esta política.

En carta al general Pedro Briceño Méndez insistía en que se difundiera el mismo rumor: "...por lo tanto, Ud. debe escribirlo así a Cartagena, Estados Unidos, de modo que la noticia llegue a La Habana cuanto antes"¹⁰. En realidad, seguía, no sería difícil reunir una fuerza de doce o catorce mil hombres en Perú para defender el istmo "...siempre que los españoles lo atacasen...".

En las instrucciones a los ministros de Colombia ante el Congreso de Panamá, Pedro Gual y Pedro Briceño Méndez, el general Bolívar indicaba que debía formarse una liga militar entre "...Colombia, Guatemala y Méjico, que son los únicos estados que temen ataques por parte del Norte...". Entre otras cosas, debía concederse a España un plazo de tres a cuatro meses para decidir si proseguía la guerra o prefería la paz. Mientras tanto se constituiría una fuerza de unos 25.000 hombres y una escuadra de treinta buques de guerra para "...marchar contra La Habana y Puerto Rico" y después de la toma de las islas "...marchar a España con mayores fuerzas... si para entonces no quisieren la paz los españoles".¹¹

En julio de 1828, Bolívar manifestó su preocupación por informes llegados de Inglaterra, ciertos aunque exagerados, sobre una expedición de doce mil hombres que España enviaría a La Habana, y desde allí, o desde Puerto Rico, saldrían hacia México o Colombia. Los conflictos internos que absorbían las energías de la dirigencia política y militar, favorecían a España que no desconocía esas debilidades de las nuevas repúblicas, por lo que Bolívar indicaba la urgencia de resolver estos problemas y de prepararse para el acontecimiento tan anunciado¹².

El desembarco español no ocurrió en territorio colombo venezolano sino en la costa mexicana a fines de julio de 1829. La invasión se produjo en medio de una oleada de agitación antiespañola, atizada por el decreto de expulsión de los peninsulares del gobierno de Vicente Guerrero. Bolívar, que veía a México sometido a las fuerzas del desorden y a una política de excesos y errores, llegó a considerar que la amenaza de los españoles pudiera ser útil para imponer el orden en "las repúblicas facciosas", obligadas así a unirse para enfrentar el ataque¹³.

10 *Ibid.* "Carta al general Pedro Briceño Méndez, Magdalena 14/6/1826.", tomo II, p.413.

11 *Ibid.* "Carta a los señores ministros plenipotenciarios de Colombia en el Congreso de Panamá (Doñ Pedro Gual y General P. Briceño Méndez), Lima, 11/8/1826.", tomo II, p.461.

12 *Ibid.* "Carta a José R. Revenga, Bogotá, 16/7/1828", (tomo II, p.918), y "Cartas a José A. Páez, Bogotá, 16/7/1828, (tomo II, pp. 919-920), y 22/7/1828", (tomo II, p.926).

13 *Ibid.* "Carta a Estanislao Vergara, Guayaquil, 3/10/1829", tomo III, p.339

La derrota de 1829 no hizo desistir a los españoles de la reconquista, pese a lo cual Bolívar confiaba en que España reconocería la independencia de Colombia, y no creía oportuno apoyar planes de libertad en las posesiones españolas del Caribe. Consciente, además, de los sacrificios necesarios para una nueva empresa militar y de la debilidad del apoyo político interno, Bolívar no dio pasos concretos para invadir a Cuba y Puerto Rico, y se inclinó más por la idea de un acuerdo pacífico con España.

El general José Antonio Páez veía los planes para la toma de Cuba bajo una óptica menos atenta a consideraciones políticas. En su *Autobiografía*, se refiere a las conversaciones sostenidas con el Libertador, en la última visita de éste a Caracas, en 1827, como prueba de la disposición incuestionable de Bolívar de forzar la liberación de Cuba y Puerto Rico. La incursión militar tenía, además, un objetivo práctico: dar ocupación a la tropa militar, peligrosamente ociosa después de la campaña del Perú "...el ejército [de Colombia] era una amenaza para la tranquilidad pública", escribía Páez ¹⁴. La expedición tenía por lo tanto esta triple justificación:

...a los ojos del guerrero, para completar su conquista; a los del político para librar de peligros a una sociedad que empezaba a constituirse; y a la consideración del filósofo, por los bienes que reportarían poblaciones afines con la nuestra, y cuya prosperidad no tendría límites...¹⁵

El plan que Páez explicaba era el propuesto por Bolívar en la carta ya citada a Gual y Briceño Méndez, de agosto de 1826. La expedición, al mando del jefe llanero, contaría con el apoyo de fuerzas de México, en los términos de la ley del 12 de mayo de 1828 que "permitía la salida de las tropas nacionales [mexicanas] para hacer la guerra a Cuba u otros puntos dependientes del gobierno español" ¹⁶. Una vez tomadas Cuba y Puerto Rico, toda la población, incluidos los esclavos, sería declarada libre porque, en palabras de Páez, esto estaba en la lógica de los acontecimientos "...libertar un país, dejando sumida en la servidumbre a una parte de sus habitantes, es absurdo en que nunca hubiera incurrido el Libertador de Colombia".¹⁷ ¿Acaso olvidaba que ni en Colombia ni en Perú la esclavitud había sido abolida? Pero el proyecto no terminaba allí.

Una vez cumplido el objetivo central, Páez formaría inmediatamente un ejército con "los negros libertos" y marcharía a España para ..."auxiliar al partido liberal en muestra de la grandeza de Colombia y para pedir su reconocimiento oficial por quien quiera que las ideas del siglo coloquen en

14 *Autobiografía*, p. 340.

15 *Ibid.*

16 *Ibid.* p. 341.

17 *Ibid.* p. 342.

el trono de Fernando.”¹⁸. Como prueba del plan incluye en su *Autobiografía* dos cartas de Bolívar, de agosto y octubre de 1825, aunque ninguna de las dos menciona siquiera a Cuba y Puerto Rico, y sólo se alude a una operación que traería beneficios a Colombia, sin otras referencias concretas “pues así lo exigía la prudencia”, comenta el jefe llanero.

Según Páez, el proyecto no se concretó por dos razones: los conflictos internos de los nuevos países, que reclamaban la presencia de los ejércitos y por el rechazo de Estados Unidos a cambios que amenazaran su interés “...en la suerte futura de Cuba...”¹⁹. No mencionaba que el proyecto de independencia era débil en Cuba. Los grandes hacendados, los miembros de la llamada sacarocracia, rechazaban la independencia porque temían perder a sus esclavos. Tanto, que las autoridades españolas de la isla pensaban que Cuba sería fiel a España mientras la esclavitud se conservara. Así escribió el capitán general Dionisio Vives en 1825: “...Los propietarios que subsisten unidos a la madre patria lo estarán sin variación mientras les acose el temor de perder o exponer sus esclavitudes...”²⁰

España podía estar tranquila mientras los hacendados estuvieran convencidos de que la madre patria garantizaba la existencia de la esclavitud. Veremos que esto cambió después. También la política de Washington, contraria a la independencia, era una garantía contra cambios abruptos. Estados Unidos, simplemente, esperaba.

III. ESPERANDO QUE CAIGA LA MANZANA

No fue un mal profeta el historiador Frederick Jackson Turner cuando escribió en 1893 que...

el pueblo de Estados Unidos ha adquirido su tono de la incesante expansión no sólo abierta ante él, sino impuesta en muchas ocasiones. Sería un mal profeta quien afirmase que ya ha cesado enteramente el carácter expansivo de la vida americana. El movimiento ha sido su factor dominante, y a no ser que ese entrenamiento no tenga efecto alguno sobre un pueblo, la energía americana seguirá exigiendo constantemente un campo más amplio para su ejercicio. Pero nunca volverán a presentarse esos dones de tierras libres...²¹.

18 *Ibid.*

19 *Ibid.* p. 344. La oposición de Estados Unidos y el interés en Cuba la analizan otros autores. Entre ellos, Hugh Thomas, *Cuba*, Phillip S. Foner, *La guerra hispano/cubano/americana y el nacimiento del imperalismo norteamericano*. Madrid, Akal Editor, 1975, y Albert Weinberg, *Destino Manifiesto*. Buenos Aires, Paidós, 1968.

20 Citado en Raúl Cepero Bonilla, *Azúcar y abolición*. Editorial Crítica, Grijalbo, Barcelona, 1978, p. 45. Cepero Bonilla analiza en detalle la evolución del problema de la esclavitud y su relación con las diferentes tendencias políticas del siglo XIX en Cuba.

21 Frederick Jackson Turner, *La Frontera en la Historia Americana*. Madrid, Ediciones Castilla, 1960, p.47.

Pero no eran necesarias cualidades proféticas para hacer predicciones sobre dónde probaría Estados Unidos la energía de sus, por entonces, bien equipadas fuerzas. El dulce sabor de la expansión, ya suficientemente conocido entonces, se volvería empalagoso en 1898, cuando bastó una breve pero espléndida guerrita para culminar con éxito una vieja aspiración siempre entorpecida por una trama de intereses cruzados.

El interés de Estados Unidos por Cuba se manifestó tempranamente en el siglo XIX, aunque los fundamentos de esa política se plantearon con claridad recién en los años 1820. En los altos niveles del gobierno y la política, personalidades como el mismo presidente James Monroe, y sus secretarios de Estado y de Guerra, John Quincy Adams y John C. Calhoun, el ex-presidente Thomas Jefferson, y Henry Clay, respaldaban con entusiasmo la anexión de la isla. Ese proyecto tenía una compleja motivación que por un lado lo favorecía sin reservas, y por otro le restaba apoyo por el temor de que la anexión estimulara otros conflictos.

En el orden económico, había razones más que suficientes. El intercambio comercial y las inversiones en la isla seguían la tendencia de su expansión económica y del crecimiento del mercado de consumo en Estados Unidos. Alrededor de la cuarta parte de las exportaciones de Cuba, fundamentalmente azúcar y café, iban a Estados Unidos en los años 1820, y a partir de 1840 el comercio externo creció notablemente. En 1859 más del 40 por ciento se hacía con Estados Unidos, 25 por ciento con Gran Bretaña, sólo 12 por ciento con España ²². Por esta fecha, Cuba tenía el volumen más alto de comercio exterior comparado con el resto de América Latina.

Pero Estados Unidos tenía otras motivaciones, además de las económicas. La que en el siglo XIX había promovido otras adquisiciones territoriales, era la fuerza expansionista alimentada por un nacionalismo *sui generis*, que impulsaba la ocupación de los espacios vecinos pese a no tener el respaldo de un poder imperial; otras eran razones estratégicas en la dirección expresada por la doctrina Monroe que buscaba frenar la expansión europea en América. Adicionalmente, existían vínculos importantes entre Cuba y el sur agrícola, basados en el común interés en la esclavitud y en la plantación. Aunque la afinidad entre las dos comunidades esclavistas tenía una doble cara: si por una parte los líderes del sur apoyaban la anexión que fortalecía sus propios intereses en su disputa con el norte, por otra, frenaba la adhesión de los abolicionistas, incluso la de quienes aprobaban la política del destino manifiesto.

Esas contradicciones, sumadas a consideraciones sobre la oportunidad, complicaban cualquier decisión sobre Cuba. En 1822, el gabinete del

22 Franklin W. Knight, *Slave Society...*, p. 44.

presidente James Monroe discutió y rechazó una proposición anexionista de un grupo de propietarios cubanos, porque Estados Unidos no estaba preparado. El gobierno prefería que continuara el nexo con España. Esto convenía más que la independencia porque confiaban en que tarde o temprano Cuba sería de Estados Unidos. Todo lo que había que hacer era esperar.

John Quincy Adams lo expresó así en su conocida idea sobre la "ley" de la gravitación política. Así como la manzana desprendida del árbol cae inevitablemente al suelo, las manzanas territoriales, como Cuba, una vez rota su conexión natural con España, e incapaz de sostenerse por sí sola, gravitaría hacia Estados Unidos. Así que mientras más tiempo fuera colonia de España, más fácilmente caería en manos de Estados Unidos ²³.

Pero si en 1822 no estimaba oportuno anexar a Cuba, el gobierno norteamericano estaba en condiciones de exhibir autoridad y poder suficiente como para detener los planes de independencia para la isla que se discutían en México y en la República de Colombia. En 1825 el secretario de Estado Henry Clay, declaró que su país prefería una política de *statu quo* para Cuba y Puerto Rico ... "Este gobierno no desea cambios políticos en esa condición [colonial]" ... ²⁴ En consecuencia, solicitó a México y Colombia, suspender la proyectada expedición contra Cuba y Puerto Rico ²⁵. En las instrucciones a los representantes al Congreso de Panamá, Clay, más explícitamente, mencionó el temor de que la ruptura de Cuba con España propiciara una rebelión de los esclavos que no pudiera ser controlada y provocara una reacción similar entre los esclavos de las plantaciones de los estados del sur. Estados Unidos, decía, tiene mucho que arriesgar en Cuba en la eventualidad de una invasión ²⁶.

La política del *statu quo* se mantuvo en Cuba en los años siguientes, pero había motivos para desconfiar de que Europa la acatará. En especial no había seguridad sobre la actuación de España que podía negociar la isla por exigencias políticas internas. De hecho, en 1836 se supo de conversaciones con Francia en ese sentido; también se temía que pasara al dominio británico. Así es que en 1848 el gabinete del presidente James Polk, encabezado por el secretario de Estado, James Buchanan, aprobó hacer una proposición de compra a la monarquía española que, aunque fue considerada, no prosperó. Pero tampoco fue desechada como opción.

23 *Writings of John Quincy Adams*. N. York, Worthington, Chancery Ford, 1913, vol. VII, p. 373, y Foner, *La guerra...*, vol I, p. 14.

24 Thomas, *Cuba*, p. 104.

25 *Ibid.*

26 *Ibid.*

La propaganda expansionista era entonces delirante; en la prensa de los estados se mencionaba el proyecto de expansión sobre el continente americano, como expresión del derecho natural de la población a ocupar tierras para ponerlas a producir. Apoderarse de "todo México" era una consigna que estaba en la prensa, en el Congreso y en otros altos círculos políticos. La incorporación del norte de México, en 1848, parecía a estos propagandistas sólo el primer paso de ese plan.

El discurso nacionalista, que no otra cosa era la propaganda sobre los valores de la democracia y la libertad en la civilización norteamericana, y la misión de llevar a todos los pueblos ese orden superior, era muy popular. También lo era en Europa, donde, más conservadoras o más liberales, según los momentos y los países, las ideologías nacionales tenían notable fuerza política a mediados del siglo. Pero el nacionalismo tiene dos caras, la que afirma los valores de la propia nacionalidad y la que rechaza los valores extraños, la que en nombre de los intereses de la nación excluye a los ajenos. De allí que el nacionalista fanático con frecuencia sea al mismo tiempo un exaltado antinacionalista. En Estados Unidos la reacción antiinmigrante, paradójicamente en un período en que el país crecía con y por la inmigración, comenzó en los años 1830 y dio lugar a la formación de la Asociación Americana Nativa en 1837 y al movimiento nativista. En los años cincuenta se formó el movimiento de la Joven América, como en Europa la Joven Italia ó la Joven Irlanda, que alentaba la expansión como la meta más importante del país.

Pero si el destino manifiesto tenía amplia popularidad, la expansión territorial, que era su objetivo, tenía un peso político específico en el conflicto entre esclavistas y abolicionistas ²⁷. Puesto que la Constitución establecía, sin nombrarlos, que los esclavos contaban en sus tres quintas partes para el cálculo de la representación de los estados en la Cámara de Representantes, más esclavos era igual a más representantes que alejarían el riesgo de una ley de abolición aprobada por una mayoría antiesclavista en el Congreso. Por lo tanto, en el sur la incorporación de nuevos estados esclavistas representaba una ganancia política. Así que cualquier esquema de anexión de Cuba, con o sin aprobación del gobierno federal, contaba siempre con la adhesión y la activa colaboración de los estados del sur.

La causa separatista era a mediados del siglo más fuerte entre los exiliados que en Cuba, aunque el movimiento buscaba activamente el apoyo de los

27 El caracter imperialista o no de la expansión territorial en esta etapa es otro tema de debate. Coincido con quienes reservan la categoría de imperialismo para la expansión a partir de 1898. Antes, es conceptualmente difícil aplicar la noción de imperialismo a las adquisiciones territoriales de Estados Unidos.

cubanos de la isla para llevar adelante sus planes. A fines de los años 1840, el movimiento separatista entre los emigrados cubanos de la Florida, Nueva Orleans y Nueva York, respaldaba la solución anexionista. El general Narciso López, el venezolano cuya lealtad a España en la guerra de independencia de Venezuela, no le impidió un cuarto de siglo después servir a la causa separatista cubana, contó con el apoyo de importantes sectores del sur de Estados Unidos en sus planes de invadir a Cuba.

Las divergencias interpretativas sobre si López buscaba la anexión o la independencia, han dado lugar en la historiografía cubana a un prolongado debate, pero la evidencia parece no apoyar la existencia de un propósito independentista²⁸. Sobre este punto, como se verá, las divergencias entre los exiliados eran expresión de la ausencia de criterios e intereses comunes fuera del propósito separatista.

López lanzó cuatro expediciones sobre Cuba desde Nueva Orleans, entre 1849 y mediados de 1850, respaldado por emigrados cubanos, que operaban coordinados por una junta en Nueva York. Pero el más conspicuo apoyo lo recibió de líderes sureños, entre ellos el general John Quitman, gobernador de Mississippi, partidario de "todo México" para la Unión; Jefferson Davis, futuro presidente de la Confederación; y Robert Lee, futuro jefe militar de los confederadas. También contaba con influencias en Washington como John Calhoun, James Buchanan, Stephen Douglas, Pierre Soulé.

Sin embargo, ni el Presidente Zachary Taylor ni el vicepresidente Millard Fillmore, que completó el período a la muerte del primero, aprobaron las expediciones, no por rechazo de la anexión sino por razones de oportunidad política. Por una parte consideraban inconveniente anexar un territorio esclavista cuando el equilibrio político entre el norte y el sur estaba amenazado y se discutían fórmulas de compromiso para evitar la amenaza secesionista. Además, el apoyo público de Inglaterra y Francia a España, contra las acciones filibusteras sobre Cuba, creaban la posibilidad de un conflicto mayor. También era indeseable un conflicto cuando se firmaba —en abril de 1850— el Tratado Clayton-Bulwer con Gran Bretaña, para impedir acciones unilaterales que establecieran posiciones de dominio en el istmo de Nicaragua, o en cualquier otro territorio de América Central.

28 Herminio Portell Vilá en *Narciso López y su época* argumentó en favor de la idea de que López favorecía la independencia. Autores como Hugh Thomas, Gerald Poyo, Ramiro Guerra y Manuel Moreno Frignals sostienen la concepción anexionista de las expediciones de López. La bandera cubana, la misma que López diseñó para distinguir sus incursiones, es una prueba visual de que la anexión era su objetivo. Como la de Texas ostenta una solitaria estrella blanca que destaca sobre el rojo, todo sobre el fondo de rayas azules y blancas. Hugh Thomas y Moreno Frignals, coinciden en que así como cada estrella de la bandera norteamericana representa a un estado de la unión, la de la bandera cubana simboliza el proyecto de anexión de Cuba a Estados Unidos, una vez separada de España.

El fracaso de la primera y segunda expedición debilitó el apoyo de los emigrados cubanos y López se acercó entonces más a los políticos fanáticos del sur que aportaron recursos financieros y hombres ²⁹. Así fue que el desastre de la última invasión en setiembre de 1851, significó, además de la muerte del propio López, la ejecución de soldados norteamericanos, junto con su comandante el coronel Crittenden, un veterano de la guerra de México, perteneciente a una distinguida familia del sur. El presidente Fillmore, después del fracaso, declaró sin reservas el rechazo de estas expediciones.

Pero la posición fue menos asertiva, cuando Inglaterra y Francia propusieron a Estados Unidos firmar una convención en la que los tres países renunciaban en el presente y en el futuro a la posesión de Cuba, e impedirían cualquier intento de otra procedencia en ese sentido. La respuesta del secretario de Estado, Edward Everett, de noviembre de 1853, negó la existencia de proyectos concretos de adquisición de la isla, y rechazó la propuesta, señalando que la cercanía y las estrechas relaciones con Cuba hacían de esto un asunto de política norteamericana. El interés de Europa, sostenía, no podía ser equivalente al de Estados Unidos³⁰. La espera continuaba, y los intentos también.

Efectivamente, bajo la presidencia de Franklin Pierce, se desarrollaron planes más directos. Pierce, veterano de la guerra de México al igual que Zachary Taylor, era un entusiasta prosélito del destino manifiesto, como quedó claro en su discurso inaugural de marzo de 1853. Casi todas las anteriores administraciones habían añadido miles de kilómetros a la superficie del país, así que a los ojos de la comunidad política, las adquisiciones territoriales eran la prueba del éxito de la gestión de un gobierno. Los colaboradores inmediatos de Pierce eran conocidos expansionistas, Jefferson Davis, ministro de Guerra, William Marcy, secretario de Estado, y James Buchanan, el principal asesor en este asunto.

Fue Buchanan con su experiencia de cuarenta años en la diplomacia y en altos cargos de gobierno, quien ayudó a Pierce a diseñar el proyecto de adquisición de Cuba, que sería la gran conquista de su gobierno. Como esto implicaba negociar con Inglaterra y Francia, además de España, se seleccionó con cuidado a los representantes diplomáticos en esos países. Buchanan fue designado para la primera posición, John Mason para Francia, y en España, Pierre Soulé, un conocido y exaltado anexionista de Luisiana, de origen

29 Gerald E. Poyo, "Evolution of Cuban Thought in the Emigré Communities of the United States, 1848-1895". *Hispanic American Historical Review*. Duke University Press, Vol. 66, Nº 3, agosto 1986, p.490.

30 El episodio aparece en Ramiro Guerra, *La expansión territorial de los Estados Unidos*, La Habana, 1975, pp.256-257.

francés. Las gestiones del trío de diplomáticos, según se había convenido, se desarrollarían en forma coordinada cuando se presentara la ocasión. Pero sus actos concluyeron en un completo fracaso, que dejó a ellos y a Estados Unidos en una incómoda posición. Veamos.

Gran Bretaña y Francia estaban a mediados del siglo ocupadas con el conflicto de Crimea, y en España los pronunciamientos militares apenas dejaban sobrevivir a la monarquía. En ese contexto, la primera acción fue intentar la formación de un *casus belli* con España a raíz de un incidente con el buque norteamericano *Black Warrior* que, en sus viajes regulares entre Mobile y Nueva York, hacía escala en La Habana, donde entregaba correspondencia de los anexionistas e introducía contrabando, con la complicidad de los funcionarios de aduana. Molestas por las actividades anexionistas, las autoridades de Cuba ordenaron confiscar la carga del *Black Warriore* imponerle una multa. Esto ocasionó un conflicto, deliberadamente inflado por Pierce, el secretario de Estado, y el embajador Soulé, que España, sin embargo, manejó atinadamente apagando así la mecha. En Estados Unidos se agudizaba el problema de la esclavitud y el enfrentamiento entre el norte y el sur, de modo que no se consideró oportuno presionar el asunto.

Pero las gestiones prosiguieron en otra dirección. En el segundo intento se hizo una nueva oferta de compra, propuesta y firmada en octubre de 1854 por los tres diplomáticos de Estados Unidos. En el famoso Manifiesto de Ostende sostenían que si España no accedía a vender la isla, Estados Unidos emplearía todo el poder con que contaba para arrancársela de las manos; previsiblemente España se negó a negociar. Cuba era ya un punto de honor en la política española.

El descrédito de Estados Unidos por estas gestiones diplomáticas tan torpemente conducidas; las presiones del conflicto norte-sur; y la recomposición de las relaciones con España sobre la base de algunos acuerdos, disuadieron al gobierno de Pierce de seguir adelante con el proyecto. No obstante, una expedición al mando de John Quitman, apoyada por la Junta Cubana de emigrados, estaba lista para invadir a Cuba, y no se esperaba que la nueva situación fuera obstáculo ³¹. Era una presunción errónea.

En febrero de 1855, Pierce, Marcy y el ministro español en Washington convencieron a Quitman, al parecer sin mucha dificultad, de retirarse de la expedición. Esto fue revelador para los emigrados de la Junta Cubana que empezaron a entender su papel de peones en el juego de la política norteamericana. Enfurecidos, reclamaron, sin resultados, la devolución del millón de dólares confiados a Quitman, el "empresario de vanas ilusiones"

31 Los hechos que se exponen a continuación se basan en el libro de Hugh Thomas ya citado.

como lo llama Hugh Thomas. El último episodio militar de la década involucró al famoso filibustero William Walker, a quien Domingo Goicurúa, un comerciante cubano exiliado, dio apoyo en la invasión a Nicaragua, en el entendido de que una vez finalizada esta campaña, iniciaría otra sobre Cuba. Pero los planes inmediatos de Walker no incluían a la isla, lo que provocó la ruptura con Goicurúa.

Un nuevo plan para la compra de Cuba comenzó a discutirse en diciembre de 1857, bajo la presidencia de James Buchanan, cuya obsesión con el asunto era bien conocida. Banqueros y políticos del sur ayudaron a trazar el plan que tropezó con la dificultad de reunir los fondos para la compra de la isla y para el soborno de políticos españoles. En diciembre de 1858, Buchanan pidió al Congreso la aprobación de una partida que sería aplicada al plan, y en enero siguiente el senador Slidell de Louisiana introdujo un proyecto de ley con ese fin. Varias veces fracasó el intento de lograr el apoyo necesario hasta que el proyecto fue retirado en mayo de 1860. Pero, tanto Buchanan como los líderes del sur insistieron.

En enero de 1861, ya iniciada la secesión, antes que Lincoln asumiera la presidencia, el sur seguía presionando por la adquisición de Cuba. Pero, los senadores del norte no aceptaban invertir millones de dólares en adquirir un territorio que apoyaría la secesión, y rechazaron un nuevo intento de Slidell. La sugerencia a Lincoln de que la adquisición de Cuba podía detener la secesión, fue rechazada por el presidente. Finalmente, el presidente de la Confederación de Estados Americanos, Jefferson Davis y el vicepresidente Alexander Stephens, se vieron obligados a abandonar el proyecto anexionista para lograr el reconocimiento diplomático y la simpatía de los países europeos. Davis abandonó así su promesa del año anterior ante la Convención del partido Demócrata de que al separarse de la Unión, se procedería con seguridad a la adquisición de Cuba.

El proyecto de adquirir Cuba no fue abandonado, pero la derrota del sur en la Guerra Civil y la abolición de la esclavitud, crearon un nuevo contexto. En adelante cualquier iniciativa en esa dirección debía partir de Washington. En la guerra cubana contra el régimen español entre 1868 y 1878, Estados Unidos mantuvo la política *de statu quo*.

El secretario de Estado, Hamilton Fish, que era la voz dominante en el gobierno del general Ulysses S. Grant. Fish se inclinaba por la compra de la independencia de Cuba, pagando a España un precio preestablecido por su liberación. Pero esta opción era rechazada por el público español. En todo caso, Fish recomendó al gabinete de Grant esperar a que el dominio español sobre Cuba llegara a un punto en que todas las naciones se alegraran de que Estados Unidos ejerciera control sobre la isla. Todavía la teoría de la manzana.

En tanto, los cubanos no lograron convencer al gobierno de Estados Unidos de que reconociera a las fuerzas beligerantes en la isla y apoyara la causa separatista, a cambio de la anexión. La falta de claridad sobre la abolición era, oficialmente, la razón de la negativa de ayuda al movimiento por la independencia. Esta decisión fue considerada responsable de la derrota del movimiento y aumentó entre los cubanos el resentimiento contra Estados Unidos.

IV. CUBA Y ESPAÑA: HASTA QUE EL NORTE LAS SEPARE

“Si la historia de Cuba hasta 1898 no puede contarse separada de la historia de la metrópoli, la de España en el siglo XIX no cobra pleno sentido si ignoramos la importancia que tuvo en ella la Cuba azucarera...”, escribió Josep Fontana en la presentación del excelente estudio del tema, escrito por Manuel Moreno Fragnals. Pero esa observación no se refiere sólo al tradicional nexo metrópoli-colonia que modeló las relaciones entre la isla y España hasta fines del siglo XVIII, sino al desarrollo del conjunto de cambios en ambos escenarios que alteraron profundamente el vínculo colonial. Como consecuencia, Cuba vivía desde antes de mediados de siglo la primera independencia sin independencia, muy distinta de la segunda independencia sin independencia de 1898 ³².

En efecto, la transformación económica y social de Cuba, sumada a los cambios políticos en América y Europa, y a las circunstancias de la política española, configuradas por la larga agonía del Antiguo Régimen y las presiones antagónicas de las fuerzas liberales y conservadoras, replantearon las relaciones entre la colonia y España sobre nuevas bases. Al crearse condiciones que fortalecieron los vínculos de Cuba con el mundo capitalista, se planteó un desafío al molde tradicional. Por una parte, la plantación formó una poderosa y dinámica oligarquía local que no desdeñaba los valores de la sociedad burguesa, como señala Moreno Fragnals. Por otra parte, la expansión de la economía azucarera generó exigencias que la metrópoli no podía satisfacer.

España carecía de una marina mercante importante; tampoco tenía capacidad tecnológica ni experiencia en la industria del azúcar; además su demanda de los productos cubanos era modesto, porque España tenía el más bajo consumo de azúcar *per capita* de Europa; por último la debilidad española le impedía emplear eficazmente mecanismos de control del mercado internacional, y tampoco era capaz de asegurar la provisión de

32 M. Moreno Fragnals, *Cuba/España, España/Cuba*. Barcelona, Crítica, 1995, pp.146-154.

grandes contingentes de mano de obra esclava a bajo precio ³³. Así es que la sacarocracia o plantocracia cubana, bajo el liderazgo de una de sus mentes más brillantes Francisco Arango y Parreño, miró hacia otros países, sobre todo a Estados Unidos e Inglaterra, para atender las necesidades de su economía.

Desde fines del siglo XVIII, Cuba gozó de creciente libertad en su comercio exterior de esclavos, azúcar y tecnología industrial. Primero se eliminaron las trabas sobre la importación de esclavos por la presión de los plantadores, y gradualmente España fue permitiendo el intercambio con franceses, ingleses y norteamericanos. De modo que en febrero de 1818 sancionó por ley lo que ya era una realidad aceptada. La economía cubana del azúcar y del café era entonces demasiado fuerte como para imponerle las antiguas trabas mercantilistas. Lo más importante es que ese crecimiento casi nada debía a España, más bien había surgido a pesar de ella.

Así es que, aunque las leyes y los capitanes generales seguían llegando de la metrópoli, la verdadera fuente del poder económico y, en buena parte, del político, estaba ya en los dueños de las plantaciones y en el comercio internacional. A tal punto que en España los liberales criticaban la política metropolitana porque servía a la colonia en lugar de ser al revés. Naturalmente, los grandes comerciantes peninsulares, que figuraban prominentemente en las filas liberales, veían sus intereses heridos por la libertad económica de Cuba que colocaban más del 90 por ciento de su producción en barcos y mercados extranjeros.

El poder económico que adquirió la clase de los propietarios cubanos, unido al temor de éstos de que la independencia pudiese tener un efecto soliviantador sobre los esclavos, impidieron que en Cuba cobrara fuerza el movimiento de la independencia al mismo tiempo que en las colonias del continente ³⁴. Si bien en el primer tercio del siglo XIX los grandes propietarios tenían ya una fuerte conciencia de sus poderosos intereses locales, no desarrollaron una clara convicción separatista, ni tampoco antagonismo hacia los españoles.

Al contrario, Cuba se ganó entonces el nombre de la isla "siempre fiel", que honró por muchos años. España, que conocía en esos años el sabor amargo de la pérdida de sus colonias en el continente, confrontaba sus propios conflictos internos y el dilema de cómo conservar el resto de sus posesiones, si con una mayor libertad a las élites locales, o cortando las libertades de que ya gozaban. En 1834 el liberalismo se impuso como

33 Ibid.p.147

34 Ibid. p. 159. Moreno sostiene que la sacarocracia criolla era gobierno de facto en Cuba en estos años.

gobierno en España en medio del conflicto político de la sucesión borbónica que provocó la primera guerra carlista. Los grandes comerciantes peninsulares hicieron oír su voz, por lo que la libertad ganada por la élite cubana comenzó a transitar el camino inverso.

La igualdad de españoles y americanos aceptada en 1812 por la Constitución de Cádiz, nuevamente en vigencia, fue suprimida. Siendo así, se negó la presencia de delegados cubanos en las Cortes, y se anunció un régimen legal especial que contrariaba las aspiraciones de la sacarocracia. Para los intereses del gobierno español, conservar los territorios ultramarinos era prioritario, y con esas medidas esperaban lograrlo. Comenzó entonces en Cuba la agitación política reformista que buscaba más flexibilidad en las relaciones con España, y el reconocimiento de los intereses económicos de los propietarios cubanos, sobre todo en materia de impuestos.

Las aspiraciones reformistas quedaron plasmadas en un documento de José Antonio Saco, publicado en España: *Paralelo entre la isla de Cuba y algunas colonias inglesas*, que proponía un régimen colonial de tipo inglés, y sacaba a relucir la carta del anexionismo, de no obtenerse respuesta positiva a las propuestas, aunque Saco era antianexionista. Así es que, como observa Moreno Fragnals, el reformismo y el anexionismo eran expresión complementaria de una misma ideología, que todavía no contemplaba la independencia.

La anexión era un arma contra las rigideces de la política española, y contra lo que más temía la élite: que Inglaterra y Francia, que formaban la Cuádruple Alianza con España, obligaran a ésta a abolir la esclavitud. Para los anexionistas que se reunían en el Club de La Habana, incluyendo algunos que no eran propietarios de esclavos, no tocar la esclavitud era una exigencia central. Así, para Gaspar Betancourt Cisneros, rico ganadero y uno de los más destacados líderes del anexionismo..., "la revolución anexionista es indispensable para salvarnos [de la abolición]..."³⁵. También Narciso López que esperaba apoyo local a sus expediciones de 1850 y 1851, respondía a quienes intentaban "desacreditarlo" señalándolo como abolicionista, que no había razón para temer al "espantajo de la raza africana" y que "...respetaremos y defenderemos las propiedades tales cuales existen actualmente..."³⁶

Es interesante destacar que en España el problema se entendía ahora exactamente al revés. Si los cubanos proclamaban la anexión contra una posible decisión abolicionista de la metrópoli, para los españoles la abolición era una amenaza que mantendría a los cubanos fieles a la madre patria. El

35 Cepero Bonilla, *Azúcar...*, p. 49.

36 *Ibid.*, pp.58-59.

capitán general de la isla, Federico Roncali, Conde de Alcoy, escribía en 1848 que la emancipación de los esclavos podría ser el único medio de prevenir la toma de la isla por los anexionistas. Así las cosas, bastaría anunciar el decreto de libertad de los esclavos para que la sacarocracia calmara el espíritu levantisco.

Lo cierto es que cualquier decisión sobre Cuba debía contemplar la existencia de dos problemas: los esclavos y los negros. Los primeros representaban una inversión de capital que la plantocracia no estaba dispuesta a perder sin compensación. Los segundos, eran la mayoría de la población y, libres, se los veía como una amenaza a la hegemonía de los blancos.

La inmigración blanca, que recibía apoyo organizado por lo menos desde 1825, no alteró el hecho de que, como pensaba Saco, "Cuba está llena de negros". Por eso, blanquear la población era una necesidad para algunos miembros de la élite, como Francisco Arango y Patiño que reclamaba un plan "...para blanquear nuestros negros..." mediante las uniones mixtas, aprovechando que la naturaleza demuestra que "...el color negro cede al blanco..."³⁷

En los sesenta cuando ya parecía evidente que la esclavitud tenía sus días, o años, contados, se veía con preocupación la perspectiva de una población negra libre. Venezuela, donde las uniones entre blancos y gente de color no despertaban recelos, era un ejemplo indeseable para el periódico oficial de los anexionistas, *La Verdad*. Para los hacendados el traslado de los negros libres a Liberia era una alternativa más segura que el cruzamiento. El prejuicio racial llegó al punto de reservar la condición de cubano sólo al blanco nacido en Cuba³⁸.

Contra el anexionismo apareció lo que el historiador Franklin Knight llama "...un incipiente nacionalismo..." que era la manifestación de una conciencia de las fortalezas de la élite, y, sobre todo, la sospecha, que devendría en certidumbre unos años después, de que sus intereses no eran conciliables con los de Estados Unidos. Para los círculos políticos de Washington, la mejor opción sobre el futuro de la isla era que pasara a ser parte de la Unión mediante una operación de compraventa, que creían factible en vista de las dificultades políticas y económicas de España bajo el reinado de Isabel II. Pero no contaban con la impopularidad de una decisión como ésa entre los españoles.

37 Ibid., p.101.

38 Así lo definía en 1879 la Sociedad Antropológica de Cuba, según Moreno Frginals, *Cuba/ España...*, p.224.

De modo que cada vez que un proyecto de ese tipo llegaba al gobierno, las negociaciones se hacían en secreto. Cuando el secreto se rompía, las conversaciones terminaban. Así ocurrió en 1848, ocasión en que el ministro de relaciones exteriores de España dijo que era preferible ver a Cuba hundida en el océano antes que cederla. En años posteriores negociaciones similares fracasaron.

Con los cubanos en pie de guerra, España trató de llegar a un compromiso sobre Cuba, sin resultados. Políticamente era un tema muy sensible, y, en lo económico, afectaba sobre todo a Cataluña cuyo comercio exterior se desarrollaba en un 60 por ciento con la isla. Aunque el primer cliente de Cuba era Estados Unidos.

La década del sesenta fue decisiva en el desarrollo de acontecimientos y tendencias que definieron las posiciones en pugna en los tres escenarios principales: Estados Unidos, España, y el Caribe. Veamos. El estallido de la guerra civil norteamericana que, después de cuatro años de terribles enfrentamientos, acabó con la aristocracia sureña y con la esclavitud, no así con el "problema negro", tuvo consecuencias importantes en la política cubana. El círculo de los reformistas no fue indiferente a este acontecimiento tan cercano a los intereses de Cuba. Sin embargo, sus simpatías no fueron para el sur.

Al parecer la rivalidad con los productores de azúcar del sur fue un factor que los inclinó hacia la causa de la Unión. Desde el punto de vista de las tendencias políticas cubanas el efecto más destacado de la guerra civil fue que el anexionismo perdió fuerza, aunque, como veremos, todavía le quedaba una batalla que perder.

En la era de los pronunciamientos, los generales, los "espadones", eran las figuras protagónicas de la compleja escena política de España, donde se enfrentaban una monarquía decadente, fuerzas progresistas que intentaban modernizar las estructuras, y nuevas fuerzas sociales que presionaban por democratizar la política. Las principales figuras de estos años entraban a la política encabezando movimientos liberales, tras haber hecho la campaña, militar o política, en las colonias de América. El general Baldomero Espartero, el "ayacucho", fue dominante desde 1837 hasta el pronunciamiento de 1843 y el ascenso al trono de Isabel II, que puso fin a sus dos años como regente. El pronunciamiento de la Vicalvarada de 1854 lo llevó nuevamente al poder hasta que en 1856 fue desplazado por el general Leopoldo O'Donnell. Éste, diez años antes capitán general en La Habana, donde se lo recordaba por los sobornos que recibía, su interés en los negocios y su fórmula de gobierno para Cuba: "un violín y un gallo", encabezó el gobierno en España hasta mediados de los sesenta.

Fue en esta década que la presencia militar de España volvió a sentirse en América. En 1861 fue la intervención militar en México, comandada por el General Joan Prim, en alianza con las tropas inglesas y francesas, que abrió el camino al imperio de Maximiliano de Austria, con la excusa del incumplimiento mexicano con el compromiso de su deuda externa. Luego la intervención en Santo Domingo en un intento frustrado de restauración del dominio español en la isla. Entre 1864 y 1866 el conflicto con Perú que llevó a la guerra con ese país y con Chile. En 1868 las fuerzas militares españolas estaban en Cuba para sofocar la revolución.

Como dice Moreno Fraguas, entre 1860 y 1865, la guerra irrumpió en Cuba, aunque sin quebrantar la paz porque la isla sirvió como puente logístico al ejército del General Joan Prim que marchó sobre México y Santo Domingo. Para la conciencia racista de la sacarocracia, la derrota del ejército español por una tropa de negros dominicanos mal preparados y equipados era un episodio inquietante. En esos años, gobernaban en Cuba dos capitanes generales, Francisco Serrano y Domingo Dulce, protagonistas ya de pronunciamientos en España, y vinculados, además, por nexos familiares directos y de interés con destacadas familias de la élite reformista.

El gobierno de O'Donnell y su ministro de colonias, Antonio Cánovas del Castillo, el político civil más influyente de las décadas finales del siglo, abrieron en 1866 la última esperanza del reformismo cubano, cuyas proposiciones se discutieron en Madrid, en la Junta de Información a la que asistían comisionados electos de Cuba y Puerto Rico. Convocada para tratar la situación política de las dos islas, la Junta comenzó a reunirse, cuando un nuevo pronunciamiento derrocó al gobierno de O'Donnell, que marchó al exilio, al igual que Cánovas del Castillo.

Bajo el nuevo gobierno, con otro general a su cabeza, Ramón Narváez, los comisionados desarrollaron un intenso trabajo, en vano, porque Narváez reconoció a la Junta un carácter simplemente deliberativo. En 1867, los comisionados regresaron frustrados, sin nada que ofrecer. Para los cubanos, gobernados entonces por el capitán general Francisco Lersundi, enérgico y conservador, sólo quedaba una alternativa, que no estaba en manos de los reformistas.

En 1868, tres movimientos políticos de gran impacto estallaron en la metrópoli y en las colonias, en menos de un mes. El 18 de septiembre en España la revolución llamada "La Gloriosa"; el 30 de septiembre comenzó en Puerto Rico, un movimiento independentista, el "grito de Lares"; y el 10 de octubre, estalló en Bayamo, Cuba, una rebelión separatista: el "grito de Yara".

Los movimientos de Puerto Rico y Cuba corrieron diferente suerte. Si el de Lares, no tuvo mucha vida, el de Cuba, pronto se transformó en una guerra larga y complicada: la Guerra de Diez Años. Carlos Manuel de Céspedes, un

propietario mediano del oriente del país, sin vínculos con los reformistas de La Habana, lanzó desde su propiedad, "La Demajagua", una proclama de libertad e igualdad en el lenguaje de la declaración de independencia de Estados Unidos. El movimiento, con más entusiasmo que preparación al principio, ganó una mayoría de seguidores entre mulatos y negros libres, y logro la adhesión de un gran número de blancos, de algunos ricos propietarios del occidente cubano, y de amigos influyentes en Nueva York, en vista del tono moderado en asuntos como el de la esclavitud.

En España, el movimiento de "La Gloriosa" puso fin al reinado de Isabel II, aunque no fue antimonárquico. El nuevo gobierno de progresistas, unionistas y demócratas, bajo el liderazgo de dos espadones: Francisco Serrano y Joan Prim, se dedicó a buscar un nuevo rey y a crear una estructura legal más liberal, acorde con los tiempos. Serrano y Prim, que compartían la experiencia de haber vivido en Cuba y las relaciones con la sacarocracia, sostenían posiciones muy cercanas a las de los reformistas. Tanto que en Cuba los peninsulares, que controlaban el comercio y las finanzas, organizaron batallones de voluntarios, decididamente antiliberales y violentos, contra los separatistas criollos, y también contra Domingo Dulce, el nuevo capitán general designado por "La Gloriosa", cuya primera experiencia de años antes en el mismo cargo lo había vinculado con la élite criolla.

La guerra de 1868 tuvo como escenario a Cuba y a España, puesto que los "voluntarios" consideraban enemigos tanto a los separatistas criollos como al gobierno de Serrano y Prim. Una consecuencia inmediata de esto fue que criollos y peninsulares se enfrentaron con una agresividad hasta entonces desconocida. Domingo Dulce en menos de cinco meses de gobierno no pudo imponer su autoridad a los "voluntarios", y fue obligado a regresar a España en junio de 1869. Meses después fue asesinado Joan Prim, cuando comenzaban las negociaciones de paz sobre la base de la autonomía para Cuba, donde se repetía: "Prim fue asesinado en Madrid, pero el gatillo lo apretaron en La Habana"³⁹

El programa del grupo de Céspedes quedó formalizado en la convención de Guáimaro en abril de 1869, que sancionó el régimen republicano y se pronunció formalmente en favor de la anexión a Estados Unidos. En el asunto de la esclavitud se aprobó un régimen de libertos, para asegurar la abolición gradual, lo que entonces resultaba una respuesta débil e incluso contradictoria al problema. Esto obedecía a la necesidad de no enajenar el apoyo de la plantocracia, que era el único sector social en condiciones de dar respaldo financiero al movimiento.

39 Moreno Fragnals, *Cuba/España...*, p.238.

Tampoco había una clara definición en la acción militar, pese a la experiencia de Máximo Gómez, veterano de la guerra civil de 1866 en Santo Domingo, y a la audacia de Antonio Maceo, que conducía una tropa de libertos y mulatos. Ambos, conjuntamente con José Martí que, adolescente aún, actuaba públicamente en favor del separatismo, quedaron como los máximos líderes del movimiento, los primeros líderes nacionales de Cuba. Pero, salvo esporádicas acciones, los revolucionarios confinaron sus actividades al oriente del país, sin decidirse a atacar la próspera región de las grandes plantaciones en el occidente.

De modo que el conflicto se prolongó año tras año, sin enfrentamientos decisivos; según Thomas, parecía más bien una formalización de las acciones de los bandidos, un fenómeno conocido desde tiempo atrás. Sin un curso definitorio, la guerra continuaba y la vida social, los festejos, y las actividades de la plantocracia de La Habana seguían sin muchas perturbaciones. En 1873, con una producción de azúcar record de 775.000 toneladas, Cuba era más rica que nunca, y tenía el comercio exportador más próspero de América Latina.

A todas estas, en España, después de las fracasadas experiencias del reinado de Amadeo de Saboya y de la república del 73, que dieron a Cuba una autonomía de facto, la restauración de la monarquía borbónica en 1874, consolidó cierta estabilidad política y creó las condiciones para una ofensiva militar en la isla rebelde. En 1876 el general Arsenio Martínez Campos, el líder de la restauración, llegó a Cuba con refuerzos que permitieron formar un ejército de 70.000 hombres. En poco más de un año, los líderes rebeldes negociaban la paz que se concretó en el pacto del Zanjón, en febrero de 1878, y no trajo la paz inmediata porque Antonio Maceo rechazó sus términos en la "Protesta de Baraguá". Se inició la llamada "guerra chiquita", pero, por algo su nombre, en pocos meses concluyó con la capitulación y el exilio de Maceo.

Si bien no hubo victorias ni derrotas claras, la guerra provocó cambios políticos, sociales y económicos que crearon condiciones decisivas para la ruptura definitiva con España, dos décadas después. Ramiro Guerra destaca tres efectos de la guerra que consolidaron el ideal de independencia: el fin de las tendencias anexionistas; la creación de una leyenda heroica que sirvió de fundamento a la nacionalidad; y finalmente, la formación de una experiencia militar que fue decisiva en la guerra de independencia que estalló en 1895 ⁴⁰.

40 Ramiro Guerra, *La Guerra de 10 Años*. La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1972. pp.387-388.

El nuevo capitán general Arsenio Martínez Campos, inició la aplicación del programa de reformas políticas "democratizadoras" de Antonio Cánovas del Castillo, después de 1878. La Constitución de 1876, de la monarquía constitucional restaurada, fue promulgada en 1881 en Cuba, que tuvo así la condición de provincia española. Comenzaron a actuar los partidos políticos.

El Partido Unión Constitucional, que agrupó a los peninsulares y a las fuerzas más conservadoras, se dividió en los noventa para formar el Partido Reformista, bajo el lema "todo por la evolución nada por la revolución". Los cubanos formaron el Partido Liberal Autonomista que proponía la libertad de Cuba dentro de la nación española, una condición intermedia entre la independencia y la relación colonial. La independencia era el objetivo de los exiliados cubanos de Nueva York que tenían ahora un líder de ideas claras y capaz de polemizar y defender sus planes: José Martí.

Socialmente, la participación conjunta en la guerra del 68 de mulatos, blancos, y esclavos (éstos a cambio de su libertad) socavó la rígida estructura social dominante. El cambio en las relaciones interraciales fue tal vez el de mayores consecuencias políticas y el más duradero, aunque todavía no se ha explicado bien, observa Moreno Fragnals, cómo una guerra que comenzaron los patricios terminó con un general mulato por héroe. Después de 1878 el orden socioeconómico quedó de tal modo alterado que al estallar otra vez la guerra en 1895 parecía claro que el objetivo era no sólo la independencia sino la reforma de la sociedad cubana⁴¹. Finalmente, los destructores últimos años de la guerra y los cambios en la fuerza laboral y en la demanda, iniciaron la crisis de la economía tradicional del azúcar.

Crisis de precios que no recuperaron su nivel de 1870-72; de mercados, por la competencia de otros productores y del azúcar de remolacha producida en Europa y en Estados Unidos, que disminuyó la presencia de la producción cubana; y crisis tecnológica. La caída de la demanda europea, dejó a Estados Unidos como cliente dominante, y las inversiones norteamericanas, capaces de emprender la modernización tecnológica, también alcanzaron niveles excepcionales. Así las cosas, la dependencia económica con respecto a Estados Unidos, que adquiría en 1891 entre el 85 y el 90 por ciento de la exportación de azúcar cubana, convirtió a esa nación en "la metrópoli económica de Cuba"⁴².

41 Louis A. Pérez, Jr., "Vagrants, beggars, and bandits: social origins of cuban separatism, 1878-1895". *The American Historical Review*. vol. 90, Nº5, Washington, diciembre 1995, pp. 1092-1121.

42 La expresión es de Guillermo Céspedes del Castillo, *América Hispánica, 1492-1898*. (Tomo VI de la Historia de España dirigida por Manuel Tuñón de Lara) Barcelona, Editorial Labor, 1983, p.468. Para este punto se consultó a Julio Le Riverend, *Historia Económica de Cuba*. La Habana, Instituto cubano del libro, 1974, pp.508-522, y las obras citadas de Moreno Fragnals y Thomas.



Este proceso fue acompañado de la desaparición de la sacarocracia en los ochenta. Al mismo tiempo, el gobierno español, encabezado por el ex capitán general Martínez Campos, declaró abolida la esclavitud. Los esclavos, sujetos a ocho años bajo un régimen de patronato o aprendizaje, serían libres en 1888. Pero esto no se cumplió porque los propietarios encontraban oneroso el sistema. En 1886, cuando el patronato fue eliminado, quedaban sólo 26.000 esclavos, de 200.000 que se calculaban en 1880. La población negra quedó dedicada a la producción agrícola, aunque muchos migraron a las ciudades, pero su condición social no quedó definida en el nuevo contexto.

Los centrales azucareros, bajo nuevas condiciones de modernización tecnológica preferían mano de obra blanca asalariada. En 1884 alrededor de una cuarta parte de la población eran blancos inmigrantes que habían llegado en el último cuarto de siglo. Es irónico que la españolización blanqueamiento de la sociedad se lograra, finalmente, cuando la población negra ya no constituía una amenaza a los grandes propietarios, ni impedía, como se suponía unos años atrás, el proceso de la independencia.

En febrero de 1895 estalló la guerra final. Un ejército de más de 220.000 hombres cruzó el Atlántico desde España, para unirse a las fuerzas de la isla en la lucha contra el movimiento de independencia. Cánovas del Castillo lanzó la consigna: "Hasta el último hombre, hasta la última peseta". La guerra fue de menor duración pero más cruenta que la de 1868 y trató desde principio de corregir los errores del anterior conflicto.

Fue una guerra popular, cuyos líderes Máximo Gómez, los hermanos Maceo, y José Martí, buscaban la incorporación de diferentes sectores de la sociedad, no en una región en particular sino en todo el territorio de la isla. La dirección política no estuvo sujeta a las ambigüedades de la Guerra de Diez Años; de esto se había encargado Martí al fundar en Nueva York el Partido Revolucionario Cubano que asumió la dirección del movimiento de independencia; por último una intensa propaganda escrita desde Estados Unidos obtuvo un amplio respaldo interno y externo.

Políticamente, las diferentes posiciones que habían pugnado en los últimos años, la independencia, el anexionismo y la autonomía estuvieron presentes, aunque con diferente impacto. España manejaba la carta de la autonomía que ganó terreno después del asesinato de Cánovas del Castillo en agosto de 1897; en enero de 1898 entró en vigencia la ley de gobierno autónomo de Cuba, que fue rechazada por los cubanos y por los peninsulares de la isla. La anexión a Estados Unidos era la salida que buscaban los hombres de negocio, que veían en esta opción un futuro más seguro para sus intereses

que en Cuba independiente; los revolucionarios, en tanto, consideraron la anexión a México como alternativa ⁴³.

Por último, el ejército cubano y los revolucionarios que seguían a Martí se comprometieron a no aceptar nada menos que la independencia. La muerte en combate de Martí y de Antonio Maceo en los primeros tiempos del conflicto fue, pese al impacto negativo, la mejor prueba de que el movimiento ya no dependía de sus héroes. Tenía un impulso propio que lo hacía indetenible.

La intervención norteamericana, después de la voladura del Maine en el puerto de La Habana, fue decisiva para llegar en pocos meses a la rendición de las fuerzas españolas, y a la firma del armisticio entre Estados Unidos y España en diciembre de 1898. Cuba, finalmente, quedó separada de España.

V. LA PAZ

La paz, en cuya negociación los cubanos no intervinieron, tuvo diferentes significados. Para España, cuatrocientos años después de que pisara por primera vez tierra americana, fue la pérdida de su imperio insular, no sólo Cuba, también Puerto Rico y las Filipinas y Guam. Para Cuba representó una independencia legal con serias restricciones que, formalizadas en la enmienda Platt de la constitución que le daba estructura como nación, impusieron un estrecho marco al ejercicio de su soberanía. Si España quedó con el sabor amargo de la derrota, los cubanos no saborearon plenamente la victoria.

Estados Unidos, complacida en la seducción de su retórica de la libertad, la defensa de la humanidad y la civilización, el derecho a proteger a sus ciudadanos, y la paz, quedó en una posición semejante a la de una potencia imperial. Puerto Rico fue anexada a Estados Unidos, y Filipinas y Guam también quedaron bajo dominio norteamericano. La enmienda constitucional, aprobada en 1901, definió su papel de tutor de la independencia cubana, que desempeñaría mediante el control de sus finanzas, de la sanidad pública para asegurar a sus fuerzas de ocupación una suerte distinta a la de los miles de soldados muertos por la malaria y la fiebre amarilla, y del orden interno, con derecho a intervenir militarmente cuando la situación lo exigiera. La Enmienda Platt fue para Cuba el candado de su nueva cadena. América Latina veía este desenlace con inquietud mientras en Washington saboreaban las mieles de la victoria.

43 Moreno Fragnals, *Cuba/España...*, p. 285

ABSTRACT

To the end of XIX Century, Cuba was the apple of discord. There were different and contradictory interests in the United States, Cuba and Spain, with the common desire to control the political future of the island. The debate and actions in regard to Cuba were focused among three different basic proposals: to maintain its condition as a Spanish colony, to declare the independence, and to change the owner. At this time, the first organized movements of the natives began, who were not only aspiring to participate, but to control the political power. Latter on, an internal war denominated "the little war" began, it promoted political, social and economic changes, which created decisive conditions for the definitive breaking with Spain. In February, 1895 the final war exploded. In January, 1898, the Cuban self-governing law was in forced, which was rejected by the Cubans and by the peninsular people of the island. The North American intervention, after the blow-up of the "Main" ship in La Habana port, was the decisive action to the surrendering of the Spanish army, and Cuba was finally separated from Spain. The constitutional amendment approved on 1901 decided its role, as the Cuban independence guardian to control the finances, the sanity and the internal order of the country, with right to mediate with the army if it is required by any situation.

KEY WORDS

United States, Spanish-Cuban-American War, 1898, Cuban Independence